

Antonio Muñoz Molina

Todo lo que era sólido



Antonio Muñoz Molina

Todo lo que era sólido



1

Qué lejos se nos queda ya el pasado de hace sólo unos años. En algún momento cruzamos sin advertirlo la frontera hacia este tiempo de ahora y cuando nos dimos cuenta y quisimos mirar atrás para comprobar en qué punto había sucedido el tránsito nos pareció asombroso habernos alejado tanto. Era cuando creíamos vivir en un país próspero y en un mundo estable imaginábamos que el futuro se parecería al presente y las cosas seguirían mejorando de manera gradual, o si acaso progresarían algo más despacio. Algunos expertos vaticinaban tranquilizadamente una «gradual desaceleración de la economía», un «aterrizaje suave». Poco a poco se iría amortiguando el ritmo de la construcción y dejarían de subir tan rápido los precios de las viviendas. El lenguaje de los economistas, que se ven a sí mismos como científicos, consistía en la reiteración de unas cuantas metáforas simples: la desaceleración de un vehículo que ha avanzado a gran velocidad durante mucho tiempo; el aterrizaje confortable de un avión.

Ésas eran las metáforas respetables. La que había que usar con más cuidado era la metáfora de la burbuja: hablar de la burbuja inmobiliaria equivalía a reconocer una fragilidad incompatible con la obligatoria complacencia. Una burbuja asciende en el aire y se hincha y en un momento ha estallado.

En el idioma propio de ese tiempo que ya no existe la metáfora de la burbuja se usaba sobre todo para ser refutada. No había una burbuja inmobiliaria. Quizás en otros países, no en el nuestro. Un economista muy célebre y muy respetado escribió en enero de 2007 que en todo caso la burbuja, si existiera, se pincharía gradualmente. Si hubiéramos prestado algo más de atención a lo que sucedía y a lo que decíamos y lo que escuchábamos alguien habría apuntado que las metáforas pueden requerir la misma precisión que las ecuaciones, y que no hay manera de que se pinche gradualmente una burbuja.

Pero necesitábamos imaginar que las cosas eran sólidas y podían ser tocadas y abarcadas sin desaparecer entre las manos, y que pisábamos la tierra firme y no una superficie más delgada que una lámina de hielo, que el suelo no iba a desaparecer debajo de nuestros pies.

2

Escribo en pasado y en plural, pero quizás no debería. Es en el ahora mismo cuando suceden las cosas y es uno mismo y no otro quien las experimenta. Y la primera persona del plural es muy conflictiva en España. El nuestro es un nosotros fraccionado que nunca abarca la extensión completa de la ciudadanía legal y que suele definirse a golpes de tajante negación. Si hay algo que puedo recordar con claridad de ese ayer que se quedó tan lejos es la escalada en la vehemencia y en la multiplicación de los diferentes nosotros, en cada caso acompañada por la hostilidad hacia unos *otros* o *ellos* a los que se definía cada vez más torvamente.

Se nos olvida ahora hasta qué punto esos años de prosperidad fueron también de una aspereza civil y una violencia

verbal que arreciaban más a medida que había más dinero y que mejoraban como nunca los índices del bienestar y las perspectivas económicas. Cuanto más ricos parecía que éramos, más irreconciliables se volvían las diferencias políticas, con mayor saña se agredía y se descalificaba al adversario, y por lo tanto enemigo. Ahora que nos falta todo es raro pensar que en medio de la abundancia arreciara aquel clima de saña.

Ni siquiera éramos capaces de encontrar el grado mínimo de concordia necesario para honrar a las víctimas del terrorismo, para dejar al menos sus muertes y el dolor de los suyos al margen de la sucia pelea civil. Insultos que en épocas menos broncas se decían en privado ahora regresaban al vocabulario cotidiano de la diatriba política: los rojos, los fascistas, los rojillos, los fachas; herir al otro y negarle el derecho a la razón y a la buena fe y no debatir con él era el impulso principal de la mayor parte de los comentarios. El presidente que gobernó en la última época de este pasado ya remoto, él mismo tan desdibujado al cabo de unos pocos meses, se definió públicamente como «un rojo». Con desenvoltura equivalente sus adversarios políticos vindicaban la dictadura de Franco o la suavizaban y argumentaban la legitimidad de la sublevación militar de 1936 contra la República.

3

En un país casi siempre amnésico los fragmentos del ayer lejano regresaban como armas arrojadas. El asesinato de García Lorca o el de Pedro Muñoz Seca, la matanza de Paracuellos o la de Guernica, la sublevación derechista de 1936 o la izquierdista de 1934. Agrias disputas políticas se organizaban en torno a la corrección legal de hechos irreversibles

sucedidos en el pasado lejano: declarar nulo el consejo de guerra contra Miguel Hernández, que lleva muerto desde 1942, restituir o no a Miguel de Unamuno en su puesto de rector de la Universidad de Salamanca o de concejal de la ciudad. Que los unos pusieran tanto empeño en corregir lo irreversible tenía algo de gratuita fantasmagoría: que los otros se opusieran con tanta virulencia era un síntoma delator de sórdidas afinidades que por simple pudor o por astucia política habrían debido ser inconfesables. Las secciones de necrológicas de los periódicos se llenaban no con los muertos recientes sino con las esquelas de los asesinados en 1936, cada periódico a cada lado de la nueva trinchera vindicando a los suyos. Nunca tanta gente había vivido mejor, nunca había habido tanto trabajo, pocos países del mundo gozaban de una sanidad universal de tanta calidad o tenía mayor esperanza de vida: pero nunca había sido más violento el lenguaje político, más áspera la superficie de la vida civil.

Nunca fueron más favorables las noticias económicas: y sin embargo leer los periódicos o escuchar la radio podía helarle a uno la sangre en las venas. A quien llegaba de fuera le afectaba más por falta de costumbre. La derecha y sus portavoces voluntarios o asalariados aseguraban que el gobierno socialista manipulaba a los jueces y a la policía y utilizaba a los servicios secretos para atribuir los atentados del 11 de marzo de 2004 a una célula islamista y proteger a los verdaderos autores, los terroristas de ETA, aliados con los socialistas en una conspiración para robar las elecciones a sus ganadores legítimos; para la izquierda, en el Partido Popular estaban agazapados los mismos que habían matado en 1936 a Federico García Lorca. El ex presidente Aznar comparaba acusadoramente la actitud de Rodríguez Zapatero hacia los terroristas vascos nada menos que con la capitulación de Chamberlain ante Hitler.

No había límite en lo que podía escucharse en una emisora de radio, en un mitin político. El adversario no sólo era corrupto e indigno: conspiraba con terroristas, les hacía el juego, tenía las manos manchadas de sangre, la sangre de los muertos en la guerra de Irak o la de los fusilados en Paracuellos del Jarama, la sangre de Lorca, la de los fetos abortados.

4

Algo que cuesta recordar de ese pasado de hace tan poco tiempo es la obsesión que había en él por el pasado. Ahora nos damos cuenta de que había una especie de velo que impedía ver la realidad inmediata y presente, pero quizás eso sea propio de cualquier época en la que se vive en el interior de una burbuja económica. El dinero que llega no se sabe de dónde y se multiplica sin aparente esfuerzo y está disponible para ser gastado sin límite y por más que se gaste nunca se acaba, produce el efecto euforizante de la cocaína; como el oro y la plata llegando sin tasa de las Indias en el siglo XVII. No parecía un espejismo: España crecía más rápido que ningún otro país europeo, aseguraban los organismos financieros internacionales. Las mismas agencias de calificación que ahora reducen nuestra deuda a una categoría de basura le diagnosticaban entonces una perfecta solidez. España era El Dorado en Europa.

Con una economía especulativa se corresponde sin remedio una conciencia delirante. Lo peculiar del delirio español era su fijación en el pasado: no en la historia real, casi siempre poco alentadora, ni en el pasado más próximo, sino en el ayer legendario de la II República y de la Guerra Civil. Ahora

sabemos que 2006 fue el año en que llegó a su punto más alto la marea de una prosperidad que se sostenía sobre la pura nada, sobre el crédito barato y la corrupción política y la construcción de viviendas. Pero mientras eso ocurría y nadie con responsabilidad quería o sabía poner freno a aquella alucinación, lo que ocupaba los periódicos y los debates públicos era sobre todo la conmemoración del 75 aniversario de la proclamación de la República y la del 70 aniversario del comienzo de la Guerra Civil.

Lo más difícil de recordar de 2006 es hasta qué punto se quiso que fuera 1931 y 1936. Obsesionados con la exhumación de fosas comunes no reparábamos en el fragor de las excavadoras que abrían por todas partes zanjas para construir chalets y bloques de viviendas sobre terrenos rústicos recalificados por alcaldes ladrones, sobre humedales y zonas protegidas de bosque y en los parajes litorales hasta entonces vírgenes y en cualquier superficie en la que se pudieran cavar unos cimientos.

El presente se disolvía en las escenificaciones del pasado. Y el pasado era una quimera o una suma de quimeras que se usaban como conjuros para desacreditar desde tribunas enconadas los fundamentos de la realidad tangible que no se querían ver, el propio sistema del que hasta sus más furiosos detractores disfrutaban. En nombre de la República más soñada que recordada de 1931 se menospreciaba la democracia que en 2006 llevaba durando casi treinta años. En un país desarrollado y en paz del primer mundo políticos y literatos alimentaban la nostalgia de la España pobre y convulsa que se desangró y se destruyó a sí misma durante tres años de guerra civil. Ciudadanos acostumbrados a todos los privilegios de la paz civil y del desarrollo económico manifestaban una virulenta añoranza por el heroísmo en blanco y negro de aquella guerra

simplificada hasta el extremo halagador de un catecismo político o de un tebeo de aventuras. La guerra no despertaba la pesadumbre del luto sino la euforia de la épica.

Ese ayer de hace sólo unos años que ya es posible añorar fue en sí mismo un tiempo contaminado de su propia forma peculiar de nostalgia. Una sensibilidad postmoderna educada en la negligencia hacia los matices entre lo real y lo inventado favorecía la confusión entre memoria histórica y novela histórica. La idealización de la II República y sobre todo del bando republicano en la guerra se correspondía con una amplia ignorancia sobre los hechos comprobados. Identificarse con los sufrimientos o las heroicidades de antepasados lejanos depara una confortable emoción épica y una superioridad moral limpias de todo inconveniente: la legitimidad de la víctima sin haber sufrido, la exaltación hormonal del coraje sin haber corrido ningún peligro. En el 1936 virtual de 2006, mientras en el mundo real se aceleraba el delirio del dinero alentado por una rapacidad y una codicia libres de límites legales, mientras la bolsa española era la más rentable de Europa, mientras en España se vendían más coches de lujo que nunca, la izquierda ganaba retrospectivamente la Guerra Civil y la derecha perdía los escrúpulos y la vergüenza en su apología del régimen de Franco, en su negativa a reconocer su crueldad y sus crímenes, en la sumisión a una iglesia católica volcada igual de impúdicamente hacia el integrismo.

El presente era una niebla de palabras arcaicas, himnos viejos y banderas obsoletas, un guirigay de trifulcas políticas. No parecía que hubiera nada que valiera la pena conservar, y menos aún defender. La democracia era poco más que una concesión de los herederos del franquismo enquistados en ella. La Constitución se había redactado con el fin exclusivo de seguir sometiendo a las nacionalidades oprimidas. Ahora

que de un día a otro todo lo que dábamos por supuesto y nos permitíamos desdeñar puede que esté a punto de perderse quizás nos falta poco para sentir nostalgia de un tiempo que casi nadie supo apreciar mientras lo vivía. Eso es lo único en lo que la democracia de 1978 se parece de verdad a la de 1931: ninguna de las dos contó con la lealtad verdadera de las fuerzas políticas que le debían su existencia y que hubieran debido sostenerlas. Como la República de Weimar, la República española, una vez derrotada, alimentó nostalgias en los mismos que por no haberla amado ni defendido facilitaron su caída.

En 2006, las noticias más urgentes eran casi siempre acerca del pasado. Excavaciones de fosas de ejecutados e indagaciones judiciales sobre verdugos muertos treinta o cuarenta años atrás ocupaban aquella extraña actualidad en la que el presente casi no existía sino como reiteración fantasmal de las confrontaciones sanguinarias de hacía tres cuartos de siglo. Ahora nos da miedo abrir el periódico o esperar la hora del telediario porque no sabemos si nos informarán de que ya no existe lo que creíamos perdurable, de que los billetes que guardamos en la cartera se han quedado sin valor o nuestro puesto de trabajo o nuestros ahorros los ha barrido un viento de desastre, de que iremos a un servicio de urgencias y no habrá un médico que nos atienda. Ahora el porvenir de dentro de unos días o semanas es una incógnita llena de amenazas y el pasado es un lujo que ya no podemos permitirnos.